

gradas, a reventar, rugían, persuadidas de que era posible remontar el 1-0 de Turín.

Incluso cuando Bettega marcó en San Mamés nada más comenzar la confianza era máxima. «Fue un momento muy potente emocionalmente. El campo estaba a rebosar, todo el mundo volcado. Yo tenía 35 años y era mi última oportunidad de vivir algo así porque ya sabes que te queda poco. La responsabilidad era enorme, pero también la satisfacción de ver a un equipo como el Athletic en la final. Los últimos veinte minutos fueron impresionantes». Pero no pudo ser. El 2-1 fue insuficiente.

También rememora «con fascinación» la figura de Fidel Uriarte, uno de los compañeros que más le impresionaron a lo largo de su carrera. «Era una explosión de fuerza, de gol, de espectacularidad». En el bando contrario cita al madrileño Amancio. «¡Qué complicadas nos ponía las cosas!». Y tampoco olvida el toma y daca que mantuvo con Pirri en otro choque en el que los rojiblanco superaron a los 'merengues'.

«Fidel y Pirri debían marcharse mutuamente, pero claro, tenían mucha libertad. Y esa libertad de movimientos la pagamos los porteros. Nos bombardearon. Pirri fue probablemente el jugador que más me tiró a puerta en un partido». Las paró todas. Esto último lo dice con humildad, encogiéndose de hombros, como si le diera apuro admis-

tir que ha sido uno de los mejores de la historia en su oficio. Sin embargo, no tiene reparo en reconocer aquel error estrepitoso tras una cesión de su amigo Txutxi Aranguren que costó una derrota. El balón no botó y se le coló entre las piernas.

Desde la grada

El caudal de recuerdos del 'Chopo' es inabarcable, superior al de cualquier hemeroteca. Dedica el más emotivo a la afición, entregada en cuerpo y alma a sus colores pase lo que pase. «Te sientes orgulloso de ella porque sobre todo se le nota cuando hay mayores dificultades. Su respuesta ha sido siempre extraordinaria. Sabe arropar al equipo y siempre ha sido consciente de cuál es el momento porque es muy entendida. Incluso cuando hay que regañar al equipo espera al momento adecuado para hacerlo».

Iribar piensa que a un estadio le hacen grande sus moradores, el equipo y los seguidores, y no tiene duda alguna de que el alma del viejo San Mamés cambiará de cuerpo casi de forma espontánea para trasladarse al nuevo santuario rojiblanco. Y apunta, en este sentido, que ambos estadios compartirán espacio, que de alguna manera el espíritu del original se colará entre las rendijas de su vecino vanguardista para encontrar acomodo. El 'Chopo' está tranquilo. Sabe que el cambio era necesario y que sus recuerdos están a buen recaudo con él.

EL MISMO SAN MAMÉS



«Algunos jugadores son inolvidables, recordamos su estilo, la forma en que hacían los driblings, tiraban las paredes...»

Decía Montaigne que la vida es ondulante. También el Athletic lo es. A las temporadas estupendas les siguen otras más regulares, la vida y el Athletic son ondulantes, un sube y baja generalmente tenue, vistos con la distancia del tiempo. Somos del Athletic sin reflexión previa, nos hicimos de niños, cuando jugar en San Mamés era la primera opción, indiscutible, para cuando nos hicieron mayores. La adscripción no tuvo que ver con los triunfos, no necesitábamos que el Athletic fuera campeón para hacernos (éramos ya adultos cuando llegó el primer título de Liga consciente y grandes jugadores nunca ganaron uno). Seguimos siendo del Athletic vengan como vengan las temporadas y los partidos, la lealtad en el fútbol no admite término medio. Disfrutamos con el buen juego y nos quedamos mustios con el más flojo, pero recordamos con simpatía a casi todos los jugadores que han ido pasando por el club y nunca nos hemos enfadado con el Athletic.

Una de las primeras decepciones llega en el momento en el que no tenemos ya posibilidades de debutar en San Mamés. Hasta entonces habíamos pensado que la vida era un muestrario desplegado de lo que podríamos llegar a ser, creímos que era mayor nuestra capacidad de elección. Algunos sueños eran improbables, pero tal vez podríamos alcanzarlos poniendo en ellos mucho empeño. Un día nos dimos cuenta de que no eran improbables sino imposibles, para jugar en el Athletic no bastaba con tener ganas. Y claro, tuvimos que resignarnos, aunque nunca lo hicimos del todo. Jugamos

cuando nos llevaban a Bilbao en el tren, en alguna rara ocasión. Conocíamos a los jugadores por los cromos. Después llegó la televisión. Los futbolistas pasan, el Athletic permanece. Algunos son inolvidables, recordamos su estilo, el modo en que hacían los driblings, tiraban las paredes o sacaban los centros, remataban con el pie o con la cabeza, recordamos sus andares mucho tiempo después de retirarse, los reconocemos en la ciudad, de lejos, ya mayores, por los andares.

San Mamés ha sido el mismo para cinco generaciones de aficionados, un lugar físico pero sobre todo anímico y sentimental, donde nos recordamos con nuestros padres y nuestros hijos, donde todos somos de los nuestros mientras dura el partido. Fuimos del Athletic antes de pisar la grada de San Mamés. Mucho tiempo después pisé el césped, me agaché con disimulo como para atar los cordones de los zapatos y arranqué unas briznas de hierba que guardé en el bolsillo. Pude pedirle al gran Iribar que me dejara tirarle un penalti, y no me atreví. Me quedé con las ganas, pero en realidad, pensé después, ese nunca fue uno de aquellos sueños perdidos. Quién iba a soñar con tirarle nunca un penalti al Athletic.

Despedimos un San Mamés concreto, como despedimos en la primera juventud la vieja General, en la que tres filas de aficionados por escalón se inclinaban, como espigas movidas por el viento, para seguir viendo el balón que subían por la banda aquellos inolvidables extremos zurdos. Ésas sí que fueron despedidas gordas, las de la infancia y la juventud. San Mamés sigue ahí. Junto al viejo campo crece uno nuevo, el mismo.



L. Serra Ferrer
Pte. del Mallorca

«Es un campo diferente, especial, único»



Fernando Molinos
Pte. del Zaragoza

«Cuando lo pisé, entendí porque era La Catedral»



Joan Collet
Pte. del Espanyol

«Un estadio mítico»

«San Mamés es un estadio mítico en el que se respeta y se trata de forma magnífica al rival»

